

PREGÓN DE SEMANA SANTA 2015

CONGREGACIÓN DEL SANTÍSIMO CRISTO DE LA FE,
CRISTO DE LOS ALABARDEROS Y
MARÍA INMACULADA REINA DE LOS ÁNGELES

Ilmo. Sr. D. MANUEL LADRÓN DE GUEVARA E ISASA

Madrid, 26 de marzo de 2015

- Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo General Castrense
- Excelentísimo Señor Vicealmirante Jefe del Cuarto Militar de la Casa de Su Majestad el Rey.
- Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades
- Señor Coronel Jefe de la Guardia Real
- Señor Hermano Mayor y Junta de Gobierno de esta Real Congregación del Santísimo Cristo de la Fe, Cristo de los Alabarderos y María Inmaculada Reina de los Ángeles.
- Señores Hermanos Mayores y Representantes de todas las Hermandades y Congregaciones que nos acompañan.
- Señoras, Señores, cofrades, amigos todos.

Mis primeras palabras solo pueden ser de agradecimiento a vosotros, queridos Hermano Mayor de la Congregación y Componentes de la Junta de Gobierno por haber pensado en mí

para pregonar, que es lo mismo que proclamar, los actos en los que nuestra querida Congregación participa con ocasión de la Semana Santa en conmemoración de la Pasión y Muerte de Cristo en la Cruz.

Chesterton opinaba que en los tiempos modernos el mérito no consistía en dominar la emoción sino en saber aparentarla. Os aseguro que no es ese mi caso, pues en estos momentos no necesito hacer esfuerzo alguno para reconocer la profunda emoción que siento al comparecer ante vosotros y ante dos Testigos excepcionales como son las Veneradas Imágenes del Santísimo Cristo de la Fe Cristo de los Alabarderos y la de su Santa Madre María Inmaculada Reina de los Ángeles.

Con sincera emoción, por tanto, y consciente de mi alta responsabilidad trataré de cumplir el compromiso que adquirí cuando nuestro Hermano Mayor me propuso pronunciar el Pregón de Semana Santa de nuestra Congregación.

A la sorpresa inicial, ¿como se le ocurrió la idea de que tuviera aptitud para tamaña empresa?, siguió la sensación de enorme orgullo y satisfacción, pues entre otras cosas, me brindaba la oportunidad de reflexionar sobre algo que de forma desordenada estaba en mi cabeza desde siempre, pero que hasta el momento de comenzar a escribir nunca había hecho; esto era, dar forma a mis

recuerdos cuando siendo niño asistía a las Procesiones de la Semana Santa de Madrid y a mi reencuentro con ellas muchos años después.

A lo largo de mi vida he hecho muchas cosas, y he superado numerosos retos, siempre uniendo ilusión y algo de temeridad y he de reconocer que por lo general con buenos resultados, pero ... un Pregón era algo nuevo e inesperado, de forma que esta es mi primera experiencia como Pregonero y confieso que dicho torpemente, sin adornos, pues sabéis que nuestra formación cartesiana nos acostumbró a decir las cosas sin florituras, con la menor cantidad de palabras, de forma directa pero, eso si, que puedan ser entendidas fácilmente por todos.

Como en todo proyecto cuando se acomete la tarea de desarrollarlo, después del optimismo y satisfacción iniciales, llegó el más absoluto desaliento al enfrentarme con la realidad de mi incapacidad para estar, no digo a la altura, ni siquiera acercarme a mis predecesores en esta difícil pero preciosa tarea de ser Pregonero de los actos conmemorativos del hecho más grande que ha ocurrido en la Historia de la Humanidad, el martirio y cruel sacrificio del Hijo de Dios hecho Hombre, de nuestro Cristo de los Alabarderos, muriendo en la Cruz por redimirnos a todos nosotros, para resucitar triunfante después, como manifestación gloriosa de su divinidad.

Al analizar el significado de la palabra Pregón mi confusión fue en aumento, pues se refiere a “Proclama que se pronuncia públicamente para que la mayor cantidad de gente posible tome conocimiento de la información difundida”. Entonces, ¿qué podía decir que todos ustedes no supieran ya? Este razonamiento lógico, evidentemente no iba a dar la solución a mis dudas.

Me debatía entre diversas alternativas sobre como afrontar esta tarea y fue hace unos pocos meses, durante un providencial Viaje a Tierra Santa, confieso que iniciado con incertidumbre consecuencia de la situación que allí se vive y que gracias a la insistencia de Carmen mi mujer y de mis hijos, resolvimos por fin, hacer, cuando una tarde, a la hora del anochecer en Jerusalén, haciendo el Vía Crucis por la Vía Dolorosa, por el mismo recorrido que hizo Cristo cargado con la Cruz hacia el Calvario por ese estrecho y empinado camino, cuando sin proponérmelo vi con claridad lo que quería decir en este Pregón.

Comencé a escribir mentalmente y más tarde ya con papel y pluma, no solamente recuerdos sino las sensaciones y emociones que salían espontáneamente desde el corazón, que yo personalmente he vivido y sentido cuando he participado en la procesión del Viernes Santo acompañando a nuestro Cristo de los Alabarderos por las calles del Viejo Madrid, clavado en la Cruz,

padeciendo ese terrible martirio como prueba de su inmenso amor por todos nosotros.

Mis primeras impresiones de la Semana Santa de Madrid se remontan a los lejanos años de mi niñez, cuando junto a mi madre, íbamos a la casa de su abuela en la Calle Mayor el Viernes Santo a ver las procesiones desde aquel balcón, que quedaron grabadas en mi recuerdo. Desde la altura, el rumor del gentío y la perspectiva de las calles llenas de gente, en el momento en que la oscuridad de la noche se va adueñando de ellas, solamente alumbradas por los cirios de los Nazarenos y las luces de los Pasos y el sonar de la música triste, seria, acompañando las Imágenes de Jesús y su Madre, nuestra madre la Santísima Virgen, en su caminar lento y cadencioso, han quedado marcados desde entonces en mi memoria.

Conservo el vago recuerdo de que el alumbrado público se apagaba durante las Procesiones, pero en cualquier caso la escasa luz que daban aquellos faroles de gas, acompañaban la seriedad y el recogimiento de la manifestación pública de Fe y de Devoción, en auténtica Catequesis plástica, como predicación del Misterio Pascual, esto es, de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo.

La calle Mayor que ha sido testigo de los desfiles procesionales de Madrid desde el año 1568, en el que por primera vez salió el día de Viernes Santo la Procesión que se llamaba de la sangre en la que formaban más de dos mil penitentes, según cuentan la crónicas, llevando a cuestras pesadas cruces o abundantes cadenas, disciplinándose durante el largo recorrido, lo que dio origen al nombre por el que se la conocía popularmente.

Esa calle Mayor del día de Viernes Santo estaba grabada en mi memoria, como testimonio vivo de religiosidad y de fe, escenario de una de las manifestaciones públicas más impresionantes que se celebran en la Villa y Corte, desde hace mucho tiempo como he recordado.

De aquellos recuerdos de mi infancia son estos versos que siempre me emocionaron y me emocionan:

Así muerto quedó y ensangrentado
El buen Jesús cuando en la Cruz moría
Esta es la imagen de quien fue inmolado
Cual Salvador, que al mundo redimía.

Olvídate, Señor, de mi pecado
Por tu piedad, tu amor y tu agonía
Y derrama en mi alma pecadora
La gracia de tu muerte redentora

Muchos años pasé lejos de la Semana Santa madrileña, de las Procesiones de mi “pueblo” como siempre he considerado a Madrid, la Ciudad en la que nací, cuando todavía se disfrutaba en la calle del ambiente popular, de una forma de vida que ya abandonaba las antiguas costumbres y comenzaba a modernizarse, a transformarse en la ciudad que hoy es, con sus inconvenientes derivados de ser una gran Urbe pero conservando aún en sus callejas y edificios del centro el sabor de la ciudad antigua que siempre fue.

Como digo, por razón de mi actividad profesional, estuve muchos años lejos de Madrid y de España, y por tanto lejos de su Semana Santa aunque añorándola y siempre comparándola con las numerosas manifestaciones religiosas a las que tuve oportunidad de asistir allí donde me tocaba residir, aunque he de confesar que ninguna de ellas me transmitía aquello que yo había sentido en tantas ocasiones, desde aquel balcón de la calle Mayor de Madrid el día de Viernes Santo.

El devenir profesional me trajo, por fin, de vuelta a Madrid, a mi Madrid. Ya casado y con mis cuatro hijos crecidos, estábamos de nuevo en mi ciudad, ahora muy cambiada pero conservando su sabor de siempre. Por supuesto en la primera ocasión que se presentó, en la Semana Santa de aquel año, nos lanzamos a las

calles Carmen mi mujer y yo, para asistir y para revivir aquellos recuerdos de las Procesiones en la calle Mayor.

El Madrid de mis recuerdos había cambiado mucho, aunque aquellas calles y plazuelas del centro conservaban el encanto de siempre. Las sensaciones se amontonaban junto a los sentimientos de hacía tanto tiempo.

Allí seguía el balcón de mi niñez, ahora vacío, a falta de quienes ya estaban contemplando las Procesiones desde el balcón del Cielo, y los recuerdos se amontonaron en mi memoria, y en medio del bullicio, de la gente que me parecía no habían cambiado a pesar de haber pasado tantos años, sentía la presencia de mis padres, de mis abuelos, de tantas personas de mi familia ya desaparecidas, pero que continuaban presentes en mi corazón.

Entretenido en mis pensamientos, de repente, sin darme cuenta, estaba prestando atención a una música diferente, era el sonido de instrumentos distintos a los habituales en las procesiones, cuyos compases armónicos se iban acercando haciéndose cada vez más claros y nítidos. Efectivamente, se trataba de los pífanos y tambores característicos de los Alabarderos, de los Guardias Reales.

Estaban allí, delante de nosotros, acompañando a una Imagen imponente de Cristo Crucificado, en la más absoluta soledad, acompañado solamente por los Alabarderos dándole escolta y rindiéndole honores en pública manifestación de respeto y devoción.

Era un paso nuevo para mí, desconocido, pero que desde ese emocionante primer momento consiguió transmitirme toda la grandeza y trágica emoción de lo que debió ser la pasión del Señor a través de esa Imagen del Cristo de la Fe, del Cristo de los Alabarderos.

¡Qué envidia sentí de aquellos Guardias Reales! Herederos de los primitivos Reales Guardias Alabarderos creados por el rey Felipe V, continuadores de quienes siglos antes formaban la escolta personal del Rey Fernando el Católico.

En esta ocasión, además de ser guardianes de Su Majestad el Rey, tenían el privilegio de ser Guardianes de Cristo, dando escolta a su Sagrada Imagen en la Cruz, en su paseo procesional por las calles de Madrid, haciendo manifestación pública de que en aquella circunstancia constituían la escolta de la Imagen del Cristo de la Fe, del Cristo de los Alabarderos.

En aquellos momentos sentí verdaderos deseos de ser uno de aquellos Alabarderos Reales, ¡que mayor honor para un alférez de Complemento de Infantería que poder ser miembro de la Guardia Real! Lamentablemente, cuando hubiera podido, era demasiado pronto, y ahora ya no era posible, pero sin embargo sí podría ser Cofrade de aquella Hermandad, con tanta tradición en Madrid, pues fue creada el primero de noviembre de 1632 reinando Felipe IV y desde 1753 contó con la colaboración y participación en la procesión, de los Reales Guardias Alabarderos, y que, tras muchos años de inactividad, había sido refundada gracias a la iniciativa del Teniente General Cesar Muro, entonces Coronel Jefe de la Guardia Real y del recordado pater don Luís López Melero, que en paz descansa, su Capellán. ¡De esta forma podría ser Alabardero de Cristo!

Con enorme emoción ingresé en la Congregación en julio de ese mismo año 2003, el de su primera salida en las procesiones del Viernes Santo, y desde entonces, sin interrupción, con ilusión renovada año a año, participo en la Procesión como nazareno, vistiendo el sayón azul y el capirote rojo, los mismos colores que lucen en sus uniformes los Guardias Reales.

Esa primera procesión en especial, aunque lo que voy a contar se repite año tras año con la misma intensidad, como si fuera la

primera vez, fue un cúmulo de emociones y de vivencias inolvidables.

Ya el lugar de reunión y partida de la procesión tiene unas connotaciones especiales, pues se produce en el lugar que representa y simboliza con más intensidad a nuestra Patria España, el Palacio Real, sede de nuestra monarquía milenaria y católica, la Historia de España materializada en este imponente edificio, y allí, en el zaguán, la Imagen de Cristo en la Cruz, en su austero y sobrio Paso, que va a salir escoltado por los Guardias Reales y acompañado por sus Cofrades, en manifestación pública de fe y de amor.

El encuentro en el patio del Palacio Real con los demás nazarenos y Guardias Reales, creaba un ambiente especial y aumentaba la emoción en los que por primera vez vestíamos el hábito de la Congregación, dispuestos a vivir en persona la Estación de Penitencia, a participar en esta manifestación pública de fe, no como ostentación, ya que el anonimato del capirote evita cualquier deseo presuntuoso; ni siquiera por amor a nuestras tradiciones o por espíritu cofrade, aun siendo esta una de las obligaciones de todo componente de una Cofradía, sino por un sentimiento más profundo, el de acompañar a Jesús Crucificado en su peregrinación pública por las calles de Madrid, dando testimonio de su pasión y muerte, para después resucitar

triumfante para redimirnos del pecado, lo que constituye para los cristianos el Misterio Pascual como hecho fundamental de nuestra fe y que da sentido a toda nuestra vida.

En definitiva como manifestación de Fe y de Amor. Amor hacia quien sufrió en su carne por nosotros los hombres el más cruel martirio. De amor por quien murió por salvarnos. Por Amor hacia quien resucitó como prueba de su divinidad para redimirnos del pecado.

De Fe porque creemos firmemente que todo aquello que ahora conmemoramos ocurrió efectivamente y que Cristo sufrió el más espantoso de los martirios por nosotros, para salvación de todos los hombres.

Estos pensamientos se acumulaban mientras el tiempo pasaba y tras las instrucciones de los capataces, la última oración, el situarse los anderos en sus lugares, el último retoque a los tradicionales uniformes de los alabarderos, las damas de la Congregación tocadas con la solemne y tradicional Mantilla española, el prendido de los cirios, poco a poco iba tomando forma el gran momento de la partida.

Y ese primer tramo de nazarenos en el que debuté. ¡Qué pocos éramos entonces! Lo recuerdo nítidamente.

Y vivo, una vez más, un año más, con igual emoción, el sagrado rito de salir de Palacio, como si fuera la primera vez, vestido con la túnica de nazareno.

Para que ningún simbolismo faltase, una Infanta de España daría la primera voz de ¡al cielo! Como testimonio de devoción y tradición de nuestra Familia Real.

Se abre la puerta del Príncipe y la multitud que se agolpa ocupando la Plaza de Oriente, expectante espera ese momento con emoción contenida. Se hace el silencio y comienza a salir muy despacio, el cortejo procesional.

Silencio emocionante que se rompe con la salida de la Imagen de Cristo Crucificado y dándole escolta la sección de alabarderos, acometiendo los pífanos y el redoble de los tambores, las notas del Himno Nacional, de la Marcha Real, por primera vez en la larga jornada que nos aguarda dejando oír sus notas rindiendo honores al Rey de Reyes.

La multitud reacciona de forma espontánea con una larga ovación y dando vivas a la Guardia Real, al Rey y a España. Y el emocionado y emocionante ¡Viva el Cristo de los Alabarderos!

De esta forma comienza el recorrido por las calles del centro de Madrid de la Imagen de Cristo en la Cruz, como testimonio del martirio más cruel, para morir crucificado por redimir los pecados de la Humanidad. ¿Puede haber testimonio mayor de amor?

Cuánto de sobrenatural y atípico se aprecia en el lento avance de una imagen de Cristo Crucificado que recorre nuestras calles con paso firme, pero a la vez dulce y lleno de consuelo, de un hombre que agoniza sobre una Cruz. Estaréis de acuerdo con este pregonero en que cada Paso de Cristo en la Cruz es mucho más que un altar de madera con una dramática estampa de Jesús.

Todos lo sabemos, que se trata de Dios, el mismo Dios hecho hombre caminando ante nuestros ojos en una imagen repetida desde niños. ¿Qué otra cosa sino a Dios acertamos a ver, cuando contemplamos al Cristo de los Alabarderos con su avanzar a paso lento acompasados por la música de los pífanos, que dan sonoridad al silencio triste de Jesús crucificado?

Y por más que miremos bajo el Paso con la imagen de Cristo y sepamos de la presencia de los sufridos anderos, nosotros no nos engañamos. En el Crucificado vemos caminar a un hombre al que llaman Jesús, en la señorial oscuridad de la calle Mayor.

Él es Dios, y se le puede ver, atravesado por un dolor vertical que apunta al Cielo y por otro horizontal que democratiza su agonía y

la convierte en un asunto íntimo y de todos nosotros a la vez. ¿Por qué caminas, Señor, si agonizas en la Cruz? ¿Adónde llevas tu cuerpo deshecho por el sufrimiento? ¿Por qué vienes hacia nosotros Santísimo Cristo de los Alabarderos? Déjame que te acompañe. Quiero ver tu rostro más de cerca. Quiero besar tu frente ensangrentada y sentir la piel todavía tibia de tu cuerpo. Permíteme, Señor, que apoye mi frente a los pies de la Cruz. Quisiera sentir la última vibración de tu respiración cansada, arrancar tus clavos, curar tus heridas, apaciguar tu dolor, que es el nuestro, y seguir a tu lado mientras trato de descifrar todo el misterio de ese largo camino al Cielo... por la señal de la Santa Cruz.

Los hombres y mujeres de la Guardia Real llevan sobre sus hombros el peso del trono, en un alarde de fuerza, sacrificio generoso que inyecta energía en sus cuerpos cada vez más cansados, siempre escoltados por los Alabarderos y alumbrados por los Nazarenos que marcan el camino y acompañados por las Señoras de la Cofradía, al igual que las Santas Mujeres siguieron a Cristo hasta el Calvario.

La multitud acompaña la manifestación de fe, con emoción y recogimiento, a lo largo del camino por las calles estrechas. Poco a poco, casi sin darnos cuenta, se echa la noche extendiéndose la

oscuridad sobre Madrid, lo que aporta un mayor recogimiento y reviste de un mayor dramatismo la tragedia que estamos reviviendo: El peregrinar del Cristo de la Fe Cristo de los Alabarderos por la Capital de España, como siempre, manteniendo firme y eterno este misterio fundamental de nuestra Fe cristiana.

Nuestro Cristo sale en procesión solo, sin la compañía de su Santa Madre, María Inmaculada Reina de los Ángeles, que permanece en su Sede, a la espera del regreso del Hijo martirizado por nosotros para después resucitar triunfante como prueba de su Divinidad, que ha salido a las calles para dejar constancia pública de lo que ocurrió hace dos mil años.

No obstante, en la Plaza de la Villa se produce el encuentro con la Imagen de la Virgen María Santísima de los Siete Dolores, momento de gran emoción y cargado de simbolismo, al coincidir la madre traspasada de dolor con el Hijo martirizado cruelmente, deshecho y muerto en la Cruz. ¿La Virgen sería consciente del porqué de ese inmenso sacrificio?

El silencio se rompe con una oración dicha desde el corazón:

De la pasión dolorosa
De tu divino Jesús
solo te quedan tres cosas
Tu Soledad, una Cruz
Y unas espinas sin rosas.

Al contemplar las llagas y la Cruz de Cristo, me pregunto sobrecogido: Si sufrió tanto por nosotros, ¿cuánto nos amaba y cuanto nos ama? Aquí reside el secreto del silencio de Jesús y de la renuncia a toda defensa, aquí reside la explicación de su mansedumbre cuando se deja conducir al lugar de la crucifixión. Vino a este mundo a revelarnos el amor del Padre y con su pasión y muerte nos confirmó que nos ama hasta el extremo de dar su vida por cada uno de nosotros.

En estos tiempos en los que la injusticia y la maldad son algo habitual y se comienza a mirar como algo normal, mi pregunta, esa que lleva persiguiéndome tantos años, no deja de ser una forma de súplica. Tú eres, Señor, la última esperanza de los que en ti creemos. Danos la Fe, que cuando un hombre tiene Fe, nunca está solo. Y ayúdanos a quitarnos tanto Judas de encima, tanto perturbado fanático, tanto odio sobre España, tanta navaja afilada por miserables enloquecidos en nombre de no sé qué creencias o de una independencia imposible.

Porque asombra, Señor, que después de dos mil años, en ciertos lugares aún hoy, siguen vitoreando a Barrabás, al que salvan de cualquier castigo y al que entronizan como héroe popular. Por cada Barrabás que reconocen, aquí muere un cristiano. Y tanta muerte nos produce hastío y nos supera de tal manera que la ira se apodera de nosotros y nos conduce a donde no queremos ir.

Cuando eso ocurre en un mundo cansado de poner la otra mejilla, uno se pregunta si hay que dejarse llevar por la furia o hay que seguir practicando inútilmente la templanza como virtud, a la espera de tiempos mejores. Yo no lo sé, pero me temo que quienes tienen que saberlo, tampoco lo saben.

Y mientras tanto, solo nos queda seguir rindiendo honor a la memoria de los inolvidables, recordando que ya no están entre nosotros por la acción asesina de unos indeseables, por no citar a aquellos que han tenido que dejar su tierra, su casa, su gente, amenazados por las balas y el odio inexplicable.

Más adelante me encuentro de nuevo con mis recuerdos de infancia: la calle Mayor, el balcón de mis primeros años, la añoranza de mis padres, compensada su falta, en parte, por la satisfacción de encontrar a mis nietos tratando de identificar a su abuelo entre los cofrades que van dando escolta a Cristo Crucificado.

Todo ello explica la razón de estar allí, acompañando a nuestro Cristo de los Alabarderos, Y al contemplar esa Cruz de madera, signo de los cristianos, con su imagen inerte que nos mueve a quererle, que nos mueve a creer en Él, hasta el punto de hacerse real aquel pensamiento de Santa Teresa de Jesús:

En la Cruz está el Señor de Cielo y Tierra
Y el gozar da mucha paz, aunque haya guerra
Todos los males destierra de este suelo
Y ella sola es el camino para el cielo

Los últimos tramos, en los que el cansancio aparece, pero que se vence al pensar en lo pequeño que es nuestro sacrificio comparado con el de quienes llevan sobre sus hombros la venerada Imagen. Y el de todos, nada, comparado con el que sufrió Cristo a lo largo de toda la Vía Dolorosa.

Es en esos momentos cuando se plantean sensaciones contradictorias, por un lado la satisfacción de la proximidad de alcanzar la meta propuesta, pero por otro el sentimiento de pesar, de estar acabando la misión de este año. Hasta el próximo si Dios quiere no volveremos a vivir tantas emociones.

Veo a nuestro Cristo de la Fe virar hacia casa. Y la calle San Nicolás parece, entonces, el largo pasillo de la casa de mi infancia. Y el Templo, a lo lejos, el refugio seguro del hogar familiar que nos acoge y protege con amoroso cariño.

Quisiera tardar, pero nos empuja el caminar presuroso de la hora. ¿No puedes detenerte, Capataz, para que lleguemos más tarde? Descansa el Paso. Mécelo luego, suavemente, hasta que el dolor de Cristo se transforme en un dulce sueño de recogida. Deja que se consuman lentamente los cirios. ¡No te lo lleves capataz!

La bajada de San Nicolás supone el último y mayor esfuerzo para los anderos. Los tambores redoblan con más fuerza cuando los dedos ya casi no responden, pero con su sonido transmiten energía a quienes soportan el peso del Trono.

Al fondo se intuye la Iglesia catedral, donde se recoge la Sagrada Imagen, en la que le espera su Santa Madre.

Suenan por última vez esa noche las notas de la Marcha Real, rindiendo honores al Santísimo Cristo al regresar a su casa.

La entrada en la Iglesia exige no solo esfuerzo físico, sino además una gran habilidad, pues los anderos casi deben entrar de rodillas llevando a pulso la imagen en su trono, sacando del corazón las

últimas fuerzas que quedan después del largo recorrido y el esfuerzo realizado, el silencio y la emoción crean un momento de enorme expectación.

Las órdenes del capataz son acompañadas por el último rezo de cada Cofrade apoyando interiormente la difícil y comprometida maniobra.

Con precisión milimétrica entra la Imagen por el portón de la Iglesia Catedral, es la culminación de toda una tarde de oración, de manifestación de fe, de sacrificio.

El Cristo de los Alabarderos ya está en su casa, ¡al cielo! Una y otra vez, y una y otra vez es mecido por esos anderos que han olvidado el cansancio y solamente sienten la satisfacción de haber superado el reto, de haber alcanzado el objetivo propuesto.

Su emoción se transmite a quienes llenan el templo y el aplauso surge espontáneo, sincero, dando escape a tantas emociones.

Tengo la certeza de que la Imagen de María Inmaculada Reina de los Ángeles, sonrío de forma imperceptible con enorme satisfacción al recibir de nuevo a su Hijo que vuelve a casa, y como Madre nuestra que también es, con alegría al comprobar que los anderos, los Cofrades, los Alabarderos, en fin todos los

fieles que le hemos acompañado en su peregrinar por las calles de Madrid, estamos de vuelta orgullosos de haberlo hecho.

Y ya poco más. Para terminar, una última reflexión. Estamos en los primeros años de un nuevo milenio. Y nos enfrentamos a un manojito de retos personales y colectivos que van a poner a prueba nuestra Fe, nuestra fuerza, y, especialmente, nuestra imaginación. Lo mejor, por qué dudarlo, está por llegar, pero no debemos perder de vista determinados aspectos que nos deben mantener alerta. La Semana Santa, no nos engañemos, ha pasado de ser un objeto de culto íntimo, personal, a convertirse en un objeto de culto masivo y en algunos casos, en un atractivo turístico.

Nadie es culpable en primera persona, aunque todos y cada uno de nosotros sabemos que hoy no es posible ver venir en solitario un paso tras una hilera de luces tibias, por una calle cualquiera.

Eso ya no es posible, y no sabemos lo que no será posible dentro de unos años. Imaginar con criterios antiguos lo que está por venir es muy difícil, casi imposible, pero ese, y algún otro, es el reto: redimensionar, devolver las cosas a sus proporciones lógicas. Es necesario conseguir que la Semana Santa sea lo que siempre fue, la conmemoración de algo trascendental para los cristianos, la manifestación pública del recuerdo del martirio y muerte del Hijo

de Dios hecho hombre, de Cristo, por redimir del pecado a toda la humanidad.

Y construir entre todos una Iglesia comprometida, valiente, actual. Nosotros somos Iglesia, no sólo los sacerdotes. No nos encerremos en las sacristías, ni en las salas capitulares; saquemos a Dios a la calle, demos testimonio público de nuestra Fe, sin complejos y hagamos de este siglo XXI el escenario de tanta justicia pendiente.

Porque hace ya dos milenios que vivió un hombre que sólo saboreó la vida durante treinta y tres años: era hijo de un humilde carpintero, nació en un pequeño pueblo y vivió en otro hasta que cumplió los treinta. Nadie supo nada de él durante ese tiempo.

Tuvo una sencilla familia, un hogar en una pequeña ciudad. Nunca viajó más allá de unos pocos kilómetros de su lugar de nacimiento. Jamás escribió un libro, ni abrió una oficina, ni fundó una empresa. La opinión pública le juzgó y condenó injustamente y sus amigos le dieron la espalda. Él perdonó a sus enemigos y fue crucificado entre dos ladrones.

Han pasado veinte siglos, dos mil años, y ese sencillo hombre es hoy la figura central para la gran parte de la humanidad. Todos los ejércitos, todos los reyes que han reinado, todos los poderosos del

mundo juntos, no han tenido la misma influencia sobre la vida de los seres humanos que tuvo y que tiene dos mil años después, ese hombre que protagonizó una vida solitaria, y todo por ser el Hijo de Dios encarnado para salvarnos.

Santísimo Cristo, cuando ya no podamos acompañarte por las calles de Madrid en esta manifestación de tu amor, concédenos que lo podamos hacer en tu presencia desde el balcón del Cielo, al que aspiramos llegar gracias a tu sacrificio, ya que:

Si Tú me ofreces la vida con tu muerte
Esa vida sin Ti yo no la quiero;
Porque lo que yo espero, y desespero
Es otra vida en la que pueda verte.

HE DICHO